

Obra social y estética

Sería difícil para cualquier persona comenzar a gesticular en el ámbito del arte sin haber encontrado previamente un lugar de partida. Desde sus comienzos a principios de los años noventa, la posición de Jesús Palomino (Sevilla, 1969) se define a grandes rasgos por el interés hacia temas de carácter social que tanto al propio artista como al espectador, los posicionan de manera directa ante una cuestión fundamental: los derechos del hombre. Qué es la sociedad actual y quién es el hombre que la habita. Cómo la habitamos. Cuáles son las necesidades de esa supuesta sociedad actual y cuáles las nuestras. Cómo se amolda el individuo al contexto que en ocasiones está forzado a habitar. Qué significa estar en el mundo, convivir y hasta qué punto vivir representa un acto de supervivencia. Resulta posible establecer como característica general a lo largo de la trayectoria artística de Jesús Palomino, el hecho de insistir en las mismas parcelas que atañen a la vida cotidiana de una persona cualquiera; vivienda, trabajo, educación.

En los años noventa, Palomino formulaba obras específicas para lugares en ruina o espacios públicos. La arquitectura era el primer escenario de sus trabajos, como el dibujo de grasa de forma geométrica que contrastaba con los arcos al aire libre en el antiguo depósito de trenes en Cuenca, en el año 1992. Empieza a realizar instalaciones con madera, cartones y todo tipo de objetos encontrados o materiales desechables, aglomerados bajo un criterio estético a la vez que aquellas “montañas de cosas” aluden a aspectos más radicales, en los que insistirá de una manera cada vez más evidente. Como si fueran el interior de un hogar amontonado de cosas, las construcciones o ensamblajes se relacionan directamente con las chavolas, pequeñas habitaciones vacías donde viven los que no pueden hacerlo de otra forma. De intervenir en el espacio ya construido, en lugares abandonados o zonas marginales, el artista decide mezclar pintura, escultura e instalación para fabricar sus propias ruinas, o explicar su manera de entender la vivienda y a las personas que no la poseen. La casa supone el primer motivo para trasladar el tema social al ámbito artístico.

Jesús Palomino destaca en su recorrido tres experiencias que han derivado en inquietudes formadoras de su quehacer como artista. Momentos clave en su vida de los que ha aprendido algo especial, que modificaron de alguna manera su visión sobre el arte y le han animado a investigarse y a conocer nuevos modos para orientar su curiosidad. La primera fue durante una exposición colectiva en un Festival de Arte en el espacio público de Poble Nou (Barcelona, 1988), con motivo del desalojo de los habitantes que ocupaban aquel espacio de pronta desaparición, por causa de una remodelación urbanística. La obra que presentó en el Festival se situaba en la zona de fábricas donde Palomino tenía su taller y había realizado dos años antes el trabajo: “Renovación del muro de mi estudio con Madera de cajas de frutas”. Alrededor de cincuenta artistas pedían continuar en sus lugares de trabajo habitual en Poble Nou y salieron al espacio público con sus proyectos, como forma de reivindicar la inminente demolición de los edificios. Jesús Palomino construyó una chavola apoyada de manera residual sobre el muro de una de las antiguas fábricas, y tal vez fue obra de otro artista el acto de trasladarla al día siguiente a un descampado de los alrededores.

Con la inclusión activa de su obra en el espacio público, confluyeron dos intereses antiguos en la obra de Jesús Palomino; el mundo doméstico, del hogar y las relaciones que ocurren en el interior del espacio cerrado, y el lugar sin dueño: la ciudad, la calle. El refugio, la chavola en pie como epicentro de una zona ruinoso, alumbró un interés que se perfilará de manera más rotunda a medida que avanza su inquietud por la función social del artista. El espacio público le incita a hablar de la situación económica de grupos marginales, sirva de ejemplo el título de una obra en 1999 “There must be something wrong between this economy and me” (Algo debe andar mal entre la economía y yo). Aserto que puebla hasta hoy en día sus obras recientes. Si atendemos a la tipología clásica de encuadernación de la obra de arte como estética, y la obra social como ética, parece que en la andadura de Jesús Palomino podríamos determinar un tipo de obra social-estética.

Su trabajo posee un contenido social claro que a la hora de exponerse, no se contradice con la elaboración de obras que “entran por los ojos”, seductoras. Los mensajes que emite el artista suelen acompañarse de puestas en escena azarosas y controladas al mismo tiempo, con cierta elegancia en la elección de los colores y los materiales empleados. El ensamblaje colorido de las construcciones posee el encanto disfrazado de las personas combinadas para una ocasión especial. El motivo excelente es presentación al público de un problema invisible y tridimensional al mismo tiempo; de nuevo y al unísono: ¿cuáles son las necesidades de nuestra sociedad y cuáles las nuestras?

Arte público

Cuando disfrutaba de una larga estancia de dos años en Amsterdam, una invitación del artista camerunés Googy Leye lo desplaza a un contexto diametralmente opuesto al que se encontraba. Jesús Palomino se dirige con unos amigos a Douala (Camerún) con el fin de interactuar con la población de una zona marginal y llevar a cabo un taller de radio en el barrio de chavolas de Bessengue, durante el año 2002. Allí se encontró con más de 20.000 personas (recuerda Jesús) en situación insalubre, infrahumana. Aterrizaron para crear un lugar de encuentro y diálogo. Palomino y sus amigos crearon una sede para la emisora, una chavola como la de Poble Nou, pero que serviría de encuentro entre los habitantes de Bessengue. Los mismos materiales utilizados con anterioridad, madera, plástico y fosforescentes, conformaron durante veinte días la cabaña/radio. Elevada sobre el suelo de tierra, la sede provisional refleja un cierto criterio estético reconocible en obras anteriores.

La finalidad de carácter social que late en sus obras desde hace años, se transforma de manera efectiva en ejercicios de voluntariado o de cooperación internacional en los que actúa como dinamizador de los habitantes de un lugar determinado, protagonistas anónimos del proyecto. Antes que hablar sobre su trayectoria artística, tal vez deberíamos plantearnos su función de trabajador social. Del arte ensimismado al arte público, de la obra de arte a la obra social; el pequeño cambio consiste en utilizar el espacio prefijado para la exposición de obras de arte e introducir en él los temas que quiere poner en tela de juicio.

La estancia en Bessengue fue el segundo punto de inflexión que el artista recuerda como decisivo a la hora de apostar por la creación de proyectos solidarios. La radio terminó ya que tampoco era el objetivo que continuase, sino que la gente del

barrio siguiera visitando el espacio como punto de encuentro. Una vez introducido el factor humano de intercambio y de comunicación abierta entre los habitantes, la obra ya no necesita la presencia de los autores, camina sola. De vuelta a sus lugares de origen, la cabaña sigue funcionando en Bessengue. La experiencia cooperativa de los artistas se prolonga a los habitantes del barrio marginal de Camerún, pasa de mano en mano. Palomino y Googy Leye fueron los detonadores de un proyecto cuya validez se demuestra por su continuidad en el lugar sin la necesidad de los artistas.

Dos años más tarde presenta una instalación con dibujos y textos “Stop. TV-Hollyworld”. Una gran maqueta expandida por el espacio de una galería sobrepasando los límites de la sala; vehículos, edificios, luces y todo tipo de indicadores apuntan a la ciudad como contraste de sus experiencias comunitarias. La favela de Poble Nou y el barrio de Bessengue por un lado; por el otro, la ciudad desbordando el espacio, la masa abrumadora de construcciones, el ruido. Cuanto más se acerca a la vida de otras culturas y sociedades, más se implica Palomino de manera activa contra el acoso, el exceso de información, de materiales innecesarios, de restos que se acumulan a nuestro alrededor y que terminan resultando necesarios para los habitantes del primer mundo.

Con sus amigos, con amigos de otros amigos, todos ellos comparten proyectos y experiencias. Hay quienes defienden que durante el acto de creación, el bailarín, el actor en el escenario, el pintor cuando se acerca al lienzo o la persona que define una idea, segregan un tipo de sustancia que les crea adicción. Si tal hipótesis fuera cierta, el placer a la hora de crear se agotaría cuando el frágil paso de la creación a la mera reproducción de muecas, hace mella en el artista. Entonces los cambios que se superponen en su trayectoria consisten en la búsqueda de cierta sensación perdida, encontrada, perdida de nuevo y vuelta a encontrar. Tal vez sea el motivo por el que Jesús Palomino se involucra en experiencias de calado vital, donde la persona es pequeña como una nuez y todo fruncimiento de ceño más relativo. De hecho, el tercer momento clave en la trayectoria de Jesús Palomino fue la realización de “Poison collector & healing water”, un filtro-laboratorio doméstico situado en Pančevo (Values, Servia- Montenegro), para purificar y filtrar los venenos mortales del río Tamis a su paso. El bombardeo de la OTAN por orden de Bill Clinton sobre Pančevo, provocó vertidos tóxicos sobre el Danubio y el río Tamis que a la larga provocaron múltiples tipos de cáncer. Una obra comprometida que subraya y recuerda la situación que todavía sufren los habitantes de aquel lugar, una alerta a los visitantes que acudieron a la 11th Bienal de Artes Visuales.

El trabajo de Jesús Palomino resbala evidentemente hacia la esfera social y la reivindicación de unos parámetros equitativos para todas las personas. En cierto modo, se denomina arte público cuando en una obra concreta, la audiencia forma una parte elemental del espacio intervenido; el lugar robado al espacio físico son los cuerpos humanos, objetivo primero de la puesta en escena.

Entrevistas

Cuando el espacio que utiliza Jesús Palomino abandona el límite tangible de proyectos individuales, su obra tarde o temprano tendría que asimilar la herramienta de comunicación de masas más económica y poderosa, la palabra y el diálogo. Si el acto de hablar toma el poder de la obra, nada más hay que decir. Los valores plásticos

o estéticos se trasladan del órgano visual al intelecto, lo que alguien dice y el espectador escucha sumerge cualquier visión porque no hay conjunto sobre el que apoyar la mirada. Entonces entra en juego el tema, el mensaje y los caprichos de la expresión individual como obra de arte. Las conversaciones giran sobre un núcleo o un eje principal que el artista lanza a debate. Lo que “decía” con sus obras (siempre parlantes, en continuo diálogo con el espacio y el espectador), lo expresa ahora compartiendo la palabra. La voz, el sonido, los medios de comunicación orales (en especial la radio) se revelan como material suficiente para la creación de espacios comunitarios.

Jesús Palomino responde en una de sus entrevistas más recientes, realizada con Pepe Iges: “Parecerá un poco extraño pero lo más significativo que he aprendido de mis experiencias de radio en colaboración con otras personas es el enorme valor y la valiosa energía de la curiosidad. Siempre he considerado que la curiosidad debería ser el sentimiento y el motivo principal de nuestra relación con el conocimiento y por extensión con la educación y la formación humana. Siempre he soñado con un tipo de dinámica grupal en el que cada individuo pueda aportar e interesarse por la colaboración como vía de aprendizaje, disfrute y encuentro con los demás”. La trayectoria de Jesús Palomino parece un ir abriendo claros, apartando ramas y maleza. La misma curiosidad con la que amplía horizontes acaba por dejarle las manos vacías y la conversación abierta.

Después de la experiencia de Bessengue en 2002, decide generar la primera obra para radio en 2005 “Gran Favela & 8 emisiones de radio”, en Valladolid. Retoma aquellas instalaciones ancladas al espacio arquitectónico con las que comenzaba su andadura, creando una chavola ligada al suelo y suspendida en el aire. Una habitación de madera, cartones y barras de neón de colores luminosos insertadas en el Patio Herreriano del Museo Español de Arte Contemporáneo. A través de una serie de entrevistas, un programa de radio emite experiencias personales en torno al trabajo social y cultural: “Se trata de rescatar la palabra de personas cuyas perplejidades quedan disueltas en las narrativas de lo cotidiano”, comenta el autor. La conversación radiofónica representa un medio efectivo para liberar la expresión individual ahogada en la rutina. Por tercera y última vez, repetimos la pregunta que desprende el proyecto vital del artista: ¿cuáles son las necesidades de nuestra sociedad y cuáles las nuestras?

Más tarde, en el año 2007 presenta “4 emisiones de radio para Jerez en torno a la cocina”, programas donde Palomino aborda el tema del hambre conversando sobre los problemas médicos, nutricionales, etc. que derivan de la mala alimentación y la falta de víveres en poblaciones subdesarrolladas. La representación parece clara, sus fuerzas se dirigen hacia la complicidad, la fricción verbal, la opinión de aquellas “personas sin historia que son la historia” (decía no recuerdo quién). Desde entonces hasta el día de hoy, se decanta por los medios de comunicación para involucrar en sus proyectos a personas ajenas al ámbito artístico. La pasión continua intacta, el arte es la disculpa para recordar al espectador que no estamos solos y que la experiencia de compartir ideas y sensaciones es de las situaciones más placenteras con las que nos podemos encontrar a lo largo de nuestra vida. Cualquier hombre tiene derecho a dialogar, a preguntar y a responder, a expresar su criterio ético o moral y a disfrutar de su vida con un necesario nivel de libertad, por lo menos, verbal.

Palomino actúa como protagonista coherente en su modo de entender el arte; de una manera lúdica, acogedora, fomenta el compañerismo, los viajes y las obras

forjadas entre varias personas, de modo que la amistad resulta una de las caras más relevantes en su trayectoria artística. Invita a compartir sus proyectos y por ello es invitado, a su vez, a colaborar en otras aventuras. Crear consiste en insistir en un lugar a cualquier precio y a toda costa, así es que Jesús Palomino se decanta por la creación de lugares simbólicos y la defensa a ultranza del diálogo, como espacio público y doméstico, necesario y hermoso a la vez.

Texto de María Peña Lombao, 26.11.09.

Publicado en la *Guía didáctica* de Cajasol Obra Social.